

vidas, y hasta designaba los instrumentos de tortura
ra una que podía disputarse la causa del esclavo.
El pueblo feroz morataba, para entretenerse, fre-
nas de hierro y de matanza, y era la mas digna fis-
ta de la gran ciudad, aquella en que mayor nume-
ro de gladiadores empapaban con su sangre la
arena del anfiteatro. Solo se conocian dos gene-
ras sociales: quiesces y oprimidos; formaban la
primera una clase de hombres que se explotaban li-
beralmente: a su lado vegetaba la segunda, que era un
maso de esclavos abrimados en la degradacion y en la
miseria, y mantenidos con el doble suplicio de la
indigencia y del desprecio. El odio era un deber, la
compañia con el degradado una flagra: el po-
bre cuando mas, era objeto de una mirada de lasti-
ma: poco estimado, y aun con respeto de los corazones
de privilegiado temple: un poeta creyó haber
dicho una profunda sentencia, llamando al pobre co-
sa sagrada: una cosa....! Si: una cosa era el po-
bre: no era mas. Una cosa, que podia utilizarse
y se utilizaba como una maquina mas o me-
nos productiva: el hombre, ese hijo del Rey del tie-
rra, monarca aunque despojado de la tierra. Y ma-
que del mismo Dios, convertido en una cosa, en
una maquina, en un automata! Basta: que

